

LIBREROS Y EDITORES GALLEGOS EN MONTEVIDEO

CARLOS ZUBILLAGA
Universidad de la República
(Uruguay)

LOS OFICIOS DEL INMIGRANTE

Montevideo fue, desde la década de 1870 y por casi noventa años, uno de los destinos de la emigración gallega. Sin la espectacularidad que el fenómeno adquirió en Buenos Aires o en La Habana, pero con un fuerte grado de incidencia en la configuración cultural de la sociedad receptora, la inmigración gallega en la capital uruguaya logró trascender la mimetización de las estadísticas oficiales (los registros sólo aludían al origen nacional-estatal de los inmigrantes: «españoles»), arraigando vigorosamente el gentilicio en el imaginario colectivo. El *gayego* (así escrito para dar cuenta de la peculiar emisión fónica rioplatense) constituye un protagonista ya secular de la cultura local. Vinculado tópicamente a ciertos oficios, quizás en pocos casos continuación de los practicados en su tierra de origen (afilador, cantero, herrero, curtidor), la visión común lo asocia al panadero, al dueño de bar, al hotelero, al conductor de omnibuses, al carnicero... Pocas veces esta identificación étnica de un campo laboral vincula al inmigrante gallego con el mundo del libro. Sin embargo, por casi ocho décadas no hubo en Montevideo posibilidad de eludir la referencia a gallegos en el proceso de producción o comercialización de libros; no sólo de autores extranjeros consagrados, sino —y allí reside precisamente la dimensión de compromiso con la sociedad receptora que estos inmigrantes expresaron— de escritores uruguayos, generalmente en arduo debate con las estrecheces de un mercado editorial reducido y de una política cultural inconsistente cuando no ausente.

Por lo general, estos inmigrantes gallegos se iniciaron como vendedores de libros (frecuentemente, de ocasión), luego se involucraron en la aventura editorial (en una compleja relación con sus propios clientes), y —aunque no siempre, ni todos

ellos— culminaron con el establecimiento de un taller de imprenta, en principio más artesanal que industrial, como medio de abatir los costos de producción.

EL PIONERO

Nacido en Laracha (La Coruña) en 1851, a los dieciséis años Antonio Barreiro y Ramos se afincó en Montevideo, desempeñándose como empleado en la librería de Real y Prado —por entonces la más prestigiosa de la ciudad—, donde adquirió no sólo conocimientos comerciales sino también vínculos con la sociedad uruguaya (en especial, con los sectores intelectuales). En 1871 abrió un pequeño establecimiento (Librería Nacional), al que seis años más tarde anexó un sector editorial, para dar respuesta a la demanda de producción de textos escolares debida a la reforma de la enseñanza pública primaria.

Las relaciones de Barreiro y Ramos con el ambiente intelectual uruguayo se acrecentaron notablemente, al convertirse en editor de los historiadores Francisco Bauzá, Clemente Fregeiro y Carlos María Ramírez, de los poetas Juan Zorrilla de San Martín y Benjamín Fernández y Medina, del jurista Justino Jiménez de Aréchaga, de los narradores Alejandro Magariños Cervantes y Samuel Blixen, del filólogo (vigués) Daniel Granada, entre los más relevantes¹. A partir de 1882 se vinculó — como administrador— a una empresa cultural de breve vida pero de significativa inci-

¹ Para un panorama completo de la labor editorial cumplida por Barreiro y Ramos en relación con autores uruguayos, cfr. el folleto publicado a menos de dos años de su muerte: *Librería Nacional A. Barreiro y Ramos. / Barreiro y Cia. Sucesores. / Obras de fondo y algunas de surtido.* Montevideo / Agosto de 1918.

dencia en el campo de las ciencias jurídicas: «Revista del Plata», destinada a canalizar las lecciones que en esas disciplinas se dictaban en las aulas universitarias².

En 1893 Barreiro y Ramos comenzó a publicar una colección de pequeños libros en octavo menor, bajo el título «Biblioteca Popular de Historia Nacional», como expresión de un proyecto difusor en consonancia con la integración a la sociedad receptora, que se encargó de justificar en un prólogo de su autoría: «Sabido es de todos que entre nosotros las obras de carácter histórico no llegan hasta las clases populares, ni menos a manos de la infancia, debido al hecho de ser aquéllas excesivamente costosas, demasiado extensas, al par que su estudio requiere cierta preparación especial que, por desgracia, ni todo el pueblo posee, ni se suministra a la infancia [...]; lo que nos induce a creer que todo empeño hecho en el sentido de difundir la historia patria entre las clases sociales de posición humilde, tendrá buena acogida, por más que esta, por grande que sea, no compense lo bastante la magnitud de la empresa que abordamos»³.

En el local de la *Librería Nacional* funcionó desde la década de los noventa hasta 1916, en que falleció Barreiro y Ramos, una peña cultural (conocida como *la tertulia de Barreiro*), en la que participaron políticos, ensayistas, poetas, científicos y periodistas, amantes de la controversia y de la crítica, lectores al día de las novedades europeas. Uno de los contertulios más asiduos, Gervasio Guillot, registró el tono y la proyección de los encuentros, afirmando: «Cuando se llegaba al debate, éste se desarrollaba en plano elevado y daba lugar a que se lucieran los polemistas vocacionales como en un parlamento en miniatura. Tengo la seguridad de que, más de una vez, la tertulia de Barreiro reflejó

el clima de nuestra representación nacional y, de modo indirecto, las corrientes cardinales de la opinión pública y el estilo de la Universidad».

El éxito empresarial de Barreiro y Ramos lo llevó a instalar talleres gráficos en su establecimiento, completando el proceso editorial (edición, impresión, comercialización), y a figurar en el seno de las entidades representativas de la industria, así como a participar en la gestión político-administrativa desde el Directorio del Banco de la República Oriental del Uruguay (institución crediticia pública y organismo de emisión monetaria del país).

ENTRE LA UTOPIA Y LA BOHEMIA

Los vientos restauracionistas en la Península dieron con el ferrolano Francisco Vázquez Cores en Montevideo, donde se estaba procesando la reforma de la enseñanza pública, a la que se sumó con entusiasmo. Integrante de la pléyade de maestros que acompañaron la obra pedagógica de José Pedro Varela y su proyecto educativo institucional (escuela primaria pública, laica y obligatoria), su peculiar modo de encarar los desafíos de la vida lo convirtieron en una figura impar de la bohemia montevideana.

Poseedor de un fuerte sentimiento de amor a Galicia, Vázquez Cores contribuyó a la fundación del Centro Gallego de Montevideo en 1879, y participó de diversas experiencias periodísticas en el seno de la colectividad de inmigrantes. Defendió las causas liberales, en oposición a la situación imperante en Uruguay en la década siguiente a su llegada al país, y proyectó sus principios al combate contra el mantenimiento de la esclavitud en las colonias españolas de las Antillas, participando en campañas abolicionistas que conmovieron al colectivo inmigrante en el Río de la Plata.

Su actividad como maestro le permitió advertir las severas deficiencias que presentaban los libros de texto disponibles en las escuelas públicas, por lo que se abocó a una tarea que le dio fama prolongada entre sucesivas generaciones de uruguayos: la elaboración de manuales escolares de Historia, Geografía, Geología, Idioma Español, Historia Natural y Zoografía. «Libros simples, ingenuos, pero que realizaban su valioso cometido», al decir de Orosmán Moratorio⁴, conocieron numerosas

² Sobre Barreiro y Ramos, cfr. nuestro libro *Los gallegos en el Uruguay. Apuntes para una historia de la inmigración gallega hasta fines del siglo XIX*. Montevideo, Ediciones Banco de Galicia, 1966, pp. 21-221; [Luis VALLS – Jaime Moragues] *Los españoles del Uruguay*. Año 1918. Montevideo [1918], pp. 212-213.

³ La preocupación de Barreiro y Ramos por la difusión del conocimiento histórico referido a su patria de adopción, se reflejó inequívocamente en uno de sus más exitosos emprendimientos editoriales de manuales escolares: el *Curso de Historia Patria* de H.D. (el Hermano Damasceno, de la Congregación de la Sagrada Familia), compuesto en tres volúmenes destinados a los diversos niveles de la educación formal (el *Libro Primero* o *Curso Elemental*, el *Libro Segundo* o *Curso Medio*, y el *Ensayo de Historia Patria* o *Curso Superior*).

⁴ Orosmán Moratorio, *Siluetas*, en «Revista Nacional». N.º 83. Montevideo, 1944.

ediciones entre 1886 y 1913. Esta labor se complementó con la edición de los *cuadernos Vázquez Cores*, en los que por más de cuarenta años los niños aprendieron a escribir, con ajustada caligrafía, observando los varios retratos del propio maestro ferrolano, en los que este aparecía indicando las posturas correctas que se debían adoptar al escribir.

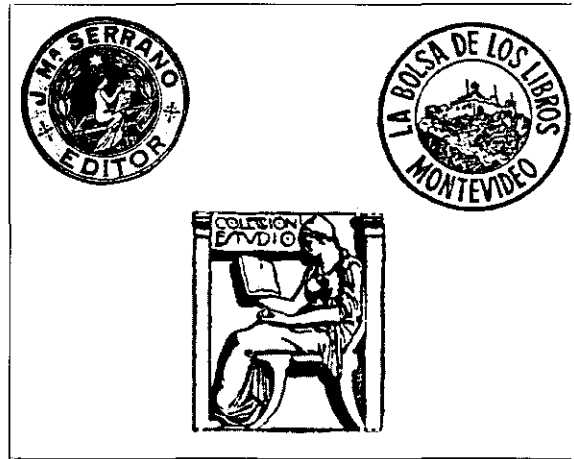
Convertido en librero y en editor de sus propios libros⁵, Vázquez Cores llevó al terreno cultural sus inquietudes y sus sentimientos étnicos. En 1890 editó lujosamente –asociado con Dornaleche y Reyes– las obras completas de Francisco Acuña de Figueroa⁶, un prolífico poeta uruguayo de cuño neoclásico (a la par que precursor de formas literarias modernas y renovadoras), hijo de un funcionario colonial nacido en San Martín de Salcedo, Pontevedra (el Ministro de Real Hacienda, Jacinto Acuña de Figueroa). La empresa editorial constituyó un rotundo fracaso económico, aunque fue durante más de medio siglo la única edición disponible de la obra de conjunto del autor de la letra del himno uruguayo⁷.

Cautivado por la pedagogía de la imagen, que la moda de las tarjetas postales había masificado, Vázquez Cores ideó la difusión del poema romántico de Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré*, mediante una serie de aquellas en las que no dudó en aparecer personalmente, encarnando la figura del español don Gonzalo de Orgaz⁸.

Las peripecias empresariales (las estrategias de la competencia, la necesidad de la renovación tecnológica, el análisis de la viabilidad del mercado) resultaron ajenas a la tarea editorial de Vázquez

Cores, quien terminó en la ruina, muriendo en abril de 1914 al amparo de la beneficencia pública de la colectividad, en una sala del Hospital Español de Montevideo.

Su discípulo y amigo, Francisco M. Montes, mantuvo por varios años el giro comercial de su librería, bajo la denominación del maestro: «Librería Vázquez Cores».



Ex libris que identificaban las ediciones de José María Serrano, Claudio García («La Bolsa de los Libros») y Máximo García («Colección Estudio»)

EL AMIGO DE RODÓ

A los 13 años de edad se radicó en Montevideo José María Serrano, nacido en 1871 en Carballo (La Coruña), iniciando su aventura migratoria como *canillita*⁹. De esa primera experiencia en la venta de «letra impresa», pasó a la de librero (fundando la *Librería Cervantes*), consolidándose en una labor que lo llevó a ingresar en el terreno editorial¹⁰. Le correspondió en éste el privilegio de editar a José Enrique Rodó; el prosista uruguayo de mayor gravitación en la cultura hispanoamericana del 900¹¹, cuya amistad cultivó.

⁹ En el Río de la Plata y en esa época, vendedor callejero de periódicos, generalmente niño o adolescente.

¹⁰ En este campo no estableció talleres gráficos propios, sino que recurrió a los numerosos de la plaza montevideana, y en reiteradas ocasiones contrató la impresión de los libros que editaba en establecimientos europeos (como el caso de la imprenta barcelonesa Hentrich y Compañía).

¹¹ En carta de José Enrique Rodó a su compatriota residente en París, Hugo D. Barbagelata, fechada en Montevideo

⁵ En 1883 estableció en la esquina de las calles 18 de Julio y Convención la «Librería Universal», respaldado en buena medida por el crédito generoso de su coterráneo Barreiro y Ramos.

⁶ *Obras Completas de Francisco Acuña de Figueroa*. Edición revisada y anotada por Manuel Bernárdez. Montevideo, Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, Editores, 1890 («Biblioteca Americana». Volúmenes I a XII). La edición comprendió en los volúmenes I y II el *Diario Histórico del Sitio de Montevideo*, en los volúmenes III y IV una *Antología Epigramática* y las *Toraidas*, y en los volúmenes V a XII *Poesías diversas*.

⁷ Recién en 1944 otro editor gallego, Claudio García, publicó en su Biblioteca «Rodó» (N.º. 114-115-116) *Nuevo mosaico poético*, recogiendo en un volumen de 270 páginas diversas producciones de Acuña de Figueroa, precedidas de un erudito prólogo de Gustavo Gallinal.

⁸ Juan Carlos Sabat Pebet, *Contribución Hispánica a la Cultura Uruguaya*. Montevideo, Institución Cultural Española del Uruguay, 1950.

En 1909 tuvo a su cargo la primera edición de *Motivos de Proteo*¹², en 1910 y en 1911 la octava y novena ediciones de la obra fundamental de Rodó: *Ariel*¹³, y en 1913 se encargó de la primera edición de *El Mirador de Próspero*¹⁴. A estas intervenciones editoriales directas, unió Serrano una labor de asesoramiento a Rodó, en el relacionamiento –para el pensador uruguayo, nada fácil– con empresas extranjeras del ramo (americanas y europeas).

Vinculado estrechamente al círculo rodoniano, tanto como a la generación influida directamente por *Ariel*: Hugo D. Barbagelata, Juan Antonio Zubillaga (cuyo libro *Sátiras e ironías*, editó en 1913), Asdrúbal Delgado, Baltasar Brum, Ariosto D. González (de quien editó en 1937, *Política y letras*), también se relacionó Serrano con el polígrafo mahonés Orestes Araújo, algunas de cuyas pioneras contribuciones a la Historia, la Geografía y la Etnología¹⁵ del Uruguay llevaron su sello editorial.

A pesar de la fuerte inserción en la sociedad receptora, mantuvo Serrano nexos sostenidos con la colectividad gallega, participando entre 1917 y 1918 en el movimiento democratizador del asociacionismo inmigratorio, que acaudillara el baionés José María Barreiro.

UN GALLEGO SARCÁSTICO Y MALHUMORADO

Seguramente fue Claudio García, nacido en la parroquia de San Pedro de Matamá (partido judicial de Vigo) en 1878, el librero y editor gallego de

el 23 de enero de 1910, aludía aquél a su editor en los siguientes términos: «No se si tendrá oportunidad de verse con el librero Serrano, que me escribe diciéndome que sale de España para París. Lleva el propósito de imprimir ahí una edición de lujo, de *Ariel*, y le he recomendado mucho que cuide de asegurar una corrección perfecta por medio de un buen corrector en idioma castellano. Si usted lo ve, recuérdeme esa especial indicación mía» (José Enrique Rodó, *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1957, p. 1373).

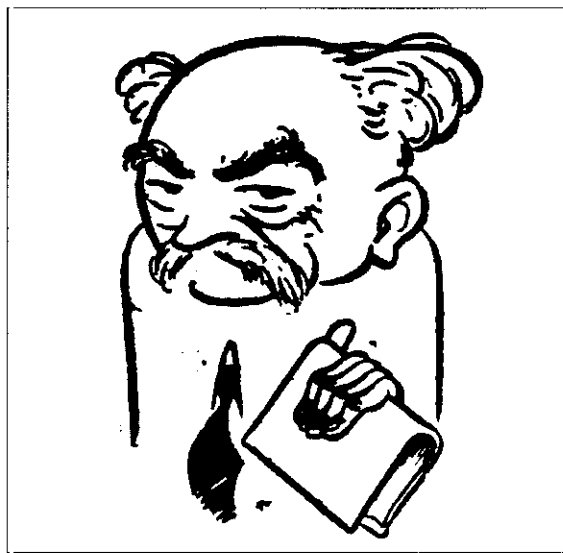
¹² Salió de las prensas de El Siglo Ilustrado, en un volumen en 16º, en media pasta, de 462 páginas.

¹³ Ambas ediciones fueron impresas en Barcelona, por Henrich y Cia., en volúmenes en 8.º, encuadernados en rústica, de 128 páginas.

¹⁴ Esta edición fue confiada a los talleres gráficos de Pena Hnos., en Montevideo, correspondiendo a un volumen en 8.º, en media pasta, de 572 páginas.

¹⁵ Orestes Araujo, *Etnología salvaje. Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay*. Montevideo, Librería Cervantes – José María Serrano– Editor, 1911.

más fama en Uruguay. A su importante aporte a la difusión de los autores nacionales, unió un anecdotario inextinguible sobre su carácter («hombre de pocas pulgas», «auténtico cascarrabias», lo calificó el novelista Manuel de Castro en sabrosas crónicas evocativas).



Caricatura de Claudio García por Julio E. Suárez, publicada en la revista humorística «Peloduro».

Llegó Claudio García a Montevideo en 1894¹⁶, junto al arousano Julio Camba (cuatro años menor)¹⁷, pasando ambos jóvenes a trabajar en el almacén de un paisano en las inmediaciones del Puerto. Cuando Camba se ausentó para Buenos Aires, García inició sus actividades de librero en un rincón del edificio que ocupaba la Universidad (el ex Hotel Nacional) en la calle Cerrito, encarando la compra-venta de libros usados¹⁸. Desplazándose a diversos locales, siempre en la cercanía del bullir estudiantil, protagonizó incidentes reiterados con

¹⁶ Juan Carlos Gómez Brown, *La editorial de Claudio*, en «Acción». Montevideo, 25-9-1960.

¹⁷ El famoso escritor humorístico que fue Camba tuvo una etapa de vida rioplatense, que se inició en Montevideo, aunque la generalidad de sus biógrafos sólo refieren la estancia en Buenos Aires (que fue ulterior), durante la cual publicó sus primeros poemas en gallego y de donde fue expulsado –luego de la muerte del Jefe de Policía bonaerense, el coronel Falcón– junto a otros inmigrantes «anarquistas».

¹⁸ Obtuvo ese local por generosa autorización del Rector Claudio Williman, hijo de inmigrantes gallegos.

su joven clientela, a la que solía meter en vereda cuando estimaba que el jolgorio alteraba la calma del negocio. En esas ocasiones solía reprochar a los estudiantes que, como comerciante, pagaba los impuestos que les permitían gozar de la enseñanza universitaria gratuita¹⁹. Luego de una incursión por Buenos Aires (en 1910), donde frecuentó las peñas intelectuales que hegemonizaban Alfredo Palacios, Martínez Cuitiño y José Ingenieros, se instaló definitivamente en Montevideo, iniciando en 1914 su etapa de editor.

Bajo el sello editorial «La Bolsa de los Libros», Claudio García realizó una labor intensa de difusión de autores uruguayos y extranjeros²⁰ (estos últimos a través de la *Colección Cultura*, en ejemplares que se vendían a 40 centésimos, y que incluían obras de Lord Byron, José Asunción Silva, Rubén Darío, José Santos Chocano, Friedrich Nietzsche, Guerra Junqueiro, William James, Cicerón, entre otros). Para los autores nacionales reservó su principal emprendimiento: la *Biblioteca Rodó*²¹, dirigida por Ovidio Fernández Ríos, que llegó a sumar ciento cincuenta volúmenes. Narradores, poetas, ensayistas, dramaturgos (Elías Regules, Carlos Reyles, Arturo Ardao, Serafín J. García, Horacio Quiroga, Yamandú Rodríguez, Roberto Sienna, entre otros) obtuvieron amplia difusión (por los tirajes generosos y el bajo costo de venta de sus libros)²². No toda la obra de los

beneficiarios de este emprendimiento editorial sin par poseyó la calidad requerida, muchas veces suplida por la actitud generosa del editor gallego. El ingenio y la mordacidad de éste concurren en algunas ocasiones al salvataje ineludible de ediciones (de variopinta temática) carentes de interés para el público lector: la aplicación de una «franja verde», con el agregado de la advertencia «No apto para menores e inconveniente para señoritas». La estrategia comercial le permitió liquidar así saldos aparentemente inagotables de ediciones que por años abarrotaban las estanterías de su negocio, «embaucando» a desprevenidos lectores de literatura pornográfica.

Competidor con su coterráneo José María Serrano, a quien se complacía en molestar, le disputó la virtual exclusividad como editor en Uruguay de las obras de Rodó, abordando en 1923 –muerto ya el pensador ilustre– una edición de sus parábolas ilustrada por Pastor²³.

De posturas políticas alejadas de cualquier connotación conservadora²⁴, protagonizó en febrero de 1916 un enfrentamiento con el «Centro Germania», que tenía su sede en la calle Sarandí frente a su librería, lo que motivó la expresión pública de su oposición a los imperios centrales y dio lugar años más tarde –durante la segunda guerra mundial– a una publicación de tono aliadófilo en que se rememoraba la «guerra» personal del gallego-montevideano contra el autoritarismo germano²⁵. Similar conducta asumió Claudio García durante la guerra civil española, predicando su fidelidad republicana²⁶.

Los rasgos peculiares de su empresa editorial, hicieron que a la hora de su muerte (sus últimos

¹⁹ Manuel de Castro, *Cronicones montevideanos. Claudio García. Algo más sobre su obra fecunda y su anecdótico*, en «La Mañana». Montevideo, 25-11-1956.

²⁰ Con respecto a la edición de numerosos autores extranjeros, se ha puesto de manifiesto la escasa atención que Claudio García otorgó a los mecanismos tradicionales en el oficio (autorización del titular de los derechos de autor, satisfacción de los porcentajes correspondientes sobre las ventas realizadas, etc.). Sobre este particular, resulta ineludible el trabajo de Julio Speroni Vener, *Las ediciones furtivas de Claudio García*, en «Revista de la Biblioteca Nacional». N.º 26. Montevideo, Diciembre 1989.

²¹ Al presentarla en sus catálogos advertía que estaba compuesta por «ediciones de obras de los mejores valores de nuestras letras, sin distinción de ideas ni tendencias». Los volúmenes, cuya portada representaba la puerta de la por entonces desaparecida Ciudadela de Montevideo, se vendían a 50 centésimos cada uno.

²² En relación particular a la literatura nativista, ha señalado García Berisso, refiriéndose a la labor editorial del polémico gallego: «nadie ha fomentado más ampliamente la difusión de nuestras tradiciones que Claudio García, editando a la casi totalidad de las obras de carácter nativo que han visto la luz en nuestro medio» (Nicasio García Berisso, *Evocando a Claudio García*, en «El Fogón». Año I. N.º 1. Montevideo, marzo de 1956).

²³ José Enrique Rodó, *Selección de parábolas*. Ilustraciones de Pastor. Montevideo, Claudio García-Editor, 1923 (un volumen en 8º, rústica). En realidad llegó a hacer, en el mismo año, cuatro ediciones de esta selección, con carátulas distintas y en dos de ellas con el agregado: «Escuela Uruguaya – Colección de cartillas de enseñanza moderna».

²⁴ En el catálogo de las obras editadas y distribuidas por «La Bolsa de los Libros», publicado en 1930, llaman la atención varios volúmenes sobre la Unión Soviética y el materialismo histórico.

²⁵ *El 28.º aniversario de la guerra en Montevideo. Para los chicos de enfrente*. Claudio García & Cia.-Editores, Montevideo, 1916-1944.

²⁶ Al iniciarse en 1941 la publicación en Montevideo del periódico «República Española» (órgano del Centro Republicano Español de Montevideo), Claudio García incluyó propaganda comercial de «La Bolsa de los Libros», señalando que otorgaría «descuentos especiales» a quienes mencionaran ese aviso.

años los pasó en situación de penuria económica, habitando una casilla en la *curva de Maroñas*, zona de la periferia urbana), todo el capital (calculado en cien mil pesos) se hallara invertido en libros y ediciones, y gravado por numerosas deudas.

EL OTRO GARCÍA: DON MAXIMINO

Hermano de Claudio y su antítesis en cuanto a personalidad, llegó también a Montevideo, instalando tempranamente una librería de viejo en un modesto portal de la calle Cerrito, frente al edificio de la Universidad. Especializándose en libros relacionados con la historia y la realidad latinoamericanas, las estanterías de las dos casas que con el correr del tiempo llegó a mantener abiertas (la «Librería del Correo», en Sarandí 461, y la «Librería La Facultad», en Ituzaingó 1416), se nutrieron de ejemplares de los siglos XVIII y XIX, no sólo de libros, sino también de colecciones de periódicos y de series documentales²⁷.

La jerarquía de su establecimiento (con correspondencias en Buenos Aires, Londres, París, Berlín, Madrid, Barcelona y Nueva York que la nutrían con novedades editoriales de todos los temas y en todos las lenguas), llevó a la Sociedad de las Naciones a conferirle la representación de sus publicaciones en Uruguay. El éxito comercial alcanzado no le hizo olvidar, sin embargo, «los modestos orígenes de su casa», que se confundían «con sus aficiones y compañerismo con la familia estudiantil»²⁸.

En la década de 1910 abordó la empresa editorial (en 1919 encaró una publicación rodoniana²⁹, circunstancia que constituyó un desafío para casi todos los editores gallegos en Montevideo). Su sello editorial («Editorial La Facultad») dio cauce a libros de economía, finanzas, legislación, hacienda, administración, filosofía, historia, poesía, narrativa, crítica literaria, etc.

Preocupado por reafirmar los nexos entre la sociedad en que había decidido permanecer y

aquella en la que viera la luz, donó numerosos libros de autores uruguayos a las bibliotecas públicas de Galicia³⁰, ampliando el flujo de intercambio cultural que la iniciativa de Gumersindo Busto había concentrado en la Biblioteca América de la Universidad compostelana.

LA INCITACIÓN A LA LECTURA O UN MODO PECULIAR DE COMERCIAR

Iniciado como vendedor callejero de libros en la feria dominical de la calle Tristán Narvaja (uno de los fenómenos culturales de mayor raigambre de la capital uruguaya), en 1930 el gallego Manuel Lamas abrió un local permanente bajo la denominación reivindicativa de sus orígenes («El Librero de la Feria») en la calle Eduardo Acevedo (al costado del edificio nuevo de la Universidad). Casi un cuarto de siglo más tarde, en 1953, trasladó su sede a la vuelta de ese emplazamiento (en la misma manzana), sobre la calle Guayabo al número 1873³¹.

Como contribución a la bibliofilia, editó un «Boletín Mensual de Libros Americanos»³², y un folleto *100 años de folletos y hojas sueltas*, que ha sido considerado obra «importante, y prácticamente única en su género», como instrumento de referencia de «publicaciones rioplatenses a partir de 1810»³³.

La peculiar estrategia de venta de libros usados que caracterizó a la librería de Manuel Lamas consistió en las «esperadas» liquidaciones mensuales que duraban una semana. Verdadero festín para los bibliófilos, o simplemente para los jóvenes que asistíamos a los institutos de enseñanza secundarios y universitarios de la cercanía, las liquidaciones permitían adquirir los tres primeros días de la semana un libro por cincuenta centésimos, el cuarto día

³⁰ Maximino García nos habla de su labor, sus esperanzas y sus propósitos. Una interesante iniciativa para vincular aún más el Uruguay con su tierra gallega, en «El Plata». Montevideo, 26-12-1956.

³¹ Wilfredo Penco, *Anaqueles a la vista. Librerías de viejo en Montevideo*, en «El País Cultural». N.º 355. Montevideo, 23-8-1996.

³² Un Suplemento de este Boletín, denominado «Portadas», apareció en 1953, conteniendo reproducciones mimeografiadas, realizadas por su hijo homónimo, de las carátulas de los libros más valiosos que se vendían en su establecimiento.

³³ Aníbal Barrios Pintos - Washington Reyes Abadie, *Los Barrios de Montevideo. I. El Cordón*. Montevideo, 1990.

²⁷ Cfr.: Maximino García. *Extracto de Catálogo. Obras antiguas americanas. Algunas de ellas únicos ejemplares en venta en toda América* [Montevideo, s/f.]

²⁸ *El Libro del Centenario del Uruguay. 1825-1925*. Montevideo, 1925, p. 583.

²⁹ José Enrique Rodo, *La nueva novela. Los que callan. Decir las cosas bien*. Montevideo, Maximino García - Editor, 1919 («Ediciones Minerva» N.º 2. Septiembre 1919. Director Enrique E. Potrie), un folleto en 8.º, encuadernado en rústica.

uno por 20 centésimos, el quinto día uno por 10 centésimos, y el sexto (verdadero «sábado de gloria» para nuestras incipientes bibliotecas y nuestras magras economías) *seis* libros por diez centésimos.

De esa manera entrábamos en contacto con todo tipo de temas y de autores, ampliando de forma no necesariamente voluntaria el horizonte de nuestros «saberes» y «sorpresas».